



## ACTO CUARTO.

### EL HIJO Y LA MADRE

La decoración del primer acto.

### ESCENA I.

PEDRO TIMOEO Y CRIADOS.

(Conducen desmayado y cubierto de sangre al Barón de Bohún y le colocan sobre las sillas.)

Ped.—¡Cómo pesaba el difunto!

Tim.—Cómo pesa todo muerto.

Vosotros retiraos.

(Se van los demás criados)

Ped.—¿No lo dije, Timoteo,

Que la boda parecía

Más bien que boda un entierro?

Mira si soy algún tonto.

Tim.—¡Yo estoy como loco, Pedro!

A veces en sólo un día

Pasan acontecimientos,  
Que en un año no han pasado.  
Ped.—Pero viste qué denuedo  
De los guerreros, ¡caramba!  
Yo estaba helado.  
Tim.— ¡Qué recio  
Se daban, hombre! te digo  
Que no he tenido más miedo  
En mi vida; ni aun de niño,  
Cuando me contaban cuentos  
De hechiceras y gigantes.  
Ped.—Alguno llega: silencio.

## ESCENA II.

Dichos, ISABEL, LEONOR.

Leo.—Deteneos.  
Isab.— ¿Dónde está?  
¿Dónde está el fiero Barón?  
Que rompa mi corazón;  
Yo no quiero vivir ya:  
¡Destino fatal, impío!  
¿Dónde se halla mi adorado?  
Quiero morir á su lado,  
Sobre su cadáver frío.  
(Señalando el cadáver del Barón.)  
Allí está... mi bien...  
Ped.— (Conteniéndola.)  
Señora,  
¿Qué hacéis?

Isab.— Dejadme llegar:  
Quiere con él espirar  
Esta mujer que le adora.  
Tim.— (Sorprendido.)  
¡Que le adora!  
Isab.— Sí, sayones,  
Esa vida era la mía:  
¿Y quién dividir podría  
Jamás nuestros corazones?  
¡Dejadme llegar, por Dios!  
Juntos debimos vivir,  
Pues ahora juntos morir  
Debemos también los dos.  
¡Ah! si la piedad ois,  
Soltadme.  
Ped.— ¿Pero qué hacéis?  
Ese cadáver que veis  
Es del Barón.  
Isab.— (Sorprendida)  
¿Qué decís?  
¿Pues Alberto?  
Ped.— Se halla ahora  
Recibiendo el parabién  
De su triunfo.  
Isab.— (Admirada.)  
¿He oído bien?  
Tim.— Sí; no lo dudéis, señora:  
En el patio del torneo  
Le proclaman vencedor.  
Isab.— ¡Este es un sueño, Leonor!  
Leo.— Sí, también soñar yo creo.  
Isab.— Si es engaño, salir de él

Un punto será, y morir,  
¡Cielos! ¿mi Alberto vivir?  
Ped.—Vive, señora.  
Alb.— (Dentro.)

¡Isabel!  
Isab.— (Con transporte.)  
El es: ¡oh, supremo Sér!  
El es: ¡sostenme, Leonor!  
¡Antes me ahogaba el dolor;  
Ahora me agobia el placer!  
(Queda desvanecida en los brazos de  
Leonor.)

### ESCENA III.

Dichos, ALBERTO.

Alb.—¡Isabel! ¡Isabel!... ¿Pero qué veo?  
Leonor, ¿qué es esto?  
Leo.—El gozo la ha postrado.  
Alb.—Oye mi voz, ¡oh, dueño idolatrado!  
¡Los ojos abre, en que mi dicha leo!  
¡Isabel! ¡ah! ya vuelve, ¡cuán hermosa!  
Ya palpita su seno blandamente:  
Una sonrisa vaga dulcemente  
En sus labios purísimos de rosa.  
Alza esa frente cándida y divina,  
Ya eres libre, Isabel.  
Isab.—¿Y es cierto?  
Alb.— ¡Es cierto!  
Mírame.

Isab.— Deja que te toque, Alberto,  
¿Tanta ventura el cielo me destina?  
No, no es una ilusión: tu ardiente mano  
Torna á estrechar la moribunda mía:  
¡En el sepulcro, Alberto, te creía!  
¡Oh placer grande, inmenso, sobrehuma-  
(no!

Pero dime, por Dios, ¿no estás herido?  
¡Ah! si vieras, mi bien, cuánto he llorado!  
¡Si supieras qué instantes he pasado!  
¡No sé cómo sufrirlos he podido!  
¡El cielo sólo, la bondad del cielo,  
Sostenerme ha padido en este día!  
Pero ya vuelvo á verte, ¡qué alegría!  
¡Trocó Dios en placer mi amargo duelo!  
Gracias, gracias, Señor; ¡ah! la ventura  
Perturba mi razón, Alberto mío:  
A hablarme vuelves; dudo, desconfío:  
Tanta dicha, ilusión se me figura.  
Alb.—No, Isabel; es verdad.  
Isab.— Mas tú caíste  
Del caballo: Leonor vió tu caída,  
Y al saberla pensé perder la vida;  
Dime, dime por fin, cómo venciste.

Alb.—Menos fuerte mi caballo  
Que el del furioso Barón,  
En la segunda carrera  
Por desgracia me faltó,  
Y caímos; pero al punto,  
Levantándome veloz,  
Saco mi acero, este acero  
Que jamás me abandonó:

A mi contrario me lanzo,  
 Que sin prever mi intención,  
 De su triunfo sonreía,  
 Lleno de orgullo feroz:  
 Su caballo desjarreto  
 En el instante: el Barón  
 Echa pic á tierra, y la espada  
 Saca ciego de furor:  
 El era, Isabel, más fuerte,  
 No más ligero que yo;  
 Y sus golpes evitando  
 Con destreza, la ocasión  
 Hallé al fin, que deseaba:  
 De cubrirse no cuidó  
 Por herirme, y al instante  
 Le traspasé el corazón.  
 No pudo más, y en el circo  
 Casi sin vida cayó.  
 General aplauso entonces  
 Sonar oigo en derredor:  
 "¡Victoria, honor al valiente"  
 Todo el concurso gritó,  
 Y los heraldos y jueces  
 Me proclaman vencedor:  
 Pero en medio de esos gritos  
 Yo no escuchaba tu voz,  
 Tu voz para mí más grata  
 Que la de la gloria.

Isab.— Yo,  
 Entre tanto combatida  
 De la inquietud más atroz,  
 Desde mi estancia escuchando

El espantoso rumor  
 Del combate: á cada instante  
 Sintiendo en mi corazón  
 Mil muertes... ¡qué no he pasado!  
 Los dos, Alberto, los dos  
 Los golpes hemos sentido,  
 (Señalándose el corazón.)  
 Tú en el escudo, aquí yo.  
 Cierto es que tú no escuchabas  
 Entre las otras mi voz,  
 Y sin embargo, sonaba  
 Con más fuerza y más ardor  
 Que todas; porque la mía  
 Por tí se elevaba á Dios.

Alb.—Sí, mi bien, y el Ser supremo  
 Tu ruego grato escuchó,  
 Porque como tú, fué puro,  
 Ardiente como tu amor!

Isab.—Sí, como mi amor, Alberto;  
 ¡Oh! nunca de mi pasión  
 He conocido la fuerza,  
 Hasta el instante de horror,  
 En que muerto te he creído.

Alb.—¿Quién más dichoso que yo?  
 Aunque jamás nos unamos,  
 Esa sublime expresión  
 De tu ternura, es mi dicha:  
 Te lo juro por mi honor:  
 Por el imperio del mundo  
 No cambio mi suerte, no!  
 Pero ya tu padre llega  
 Con los demás.

Isab.— ¿Tanto amor  
 No pagaré con mi mano  
 Alguna vez? ¡santo Dios!!  
 ¡No hay felicidad cumplida!  
 Alb.—¡Tal es nuestra condición!

ESCENA IV.

Dichos, ARABELA, FITZ-EUSTAQUIO,  
 PEDRO, TIMOTEO, CABALLEROS.

Arab.—Caballeros, ya habéis visto  
 De mi causa la justicia:  
 Del éxito del combate  
 Ninguna duda tenía:  
 De ese perverso en el cielo  
 La sentencia estaba escrita;  
 Llegó por fin, y ha pagado  
 Los crímenes de su vida.

(A Alberto)

Recibe, valiente joven,  
 La gratitud que me anima:  
 Tú fuiste el digno instrumento  
 De la justicia divina:  
 Tú rompiste mis cadenas:  
 Por tí cobro en este día  
 Mis títulos usurpados,  
 Y mi libertad perdida.

Alb.—Basta, señora, lo que hice  
 El deber me lo imponía:  
 Como honrado caballero,

A la virtud oprimida  
 Mi espada ofrecí: del cielo  
 Es la victoria, no mía:  
 ¡Dichoso yo que instrumento  
 Fuí de las celestes iras!

Arab.—Mas no quedará sin premio,  
 Joven, tu noble osadía:  
 Por mi heredero te nombro;  
 Sí, yo no tengo familia:  
 ¡Ay! me arrebató el tirano  
 El solo hijo que tenía!  
 Tú lo serás desde ahora,  
 Tú formarás la delicia  
 De mi vejez.

Alb.— ¡Ah! señora,  
 Tanta bondad!

Fitz.— Merecida

La tienes: como valiente  
 Te has portado en este día:  
 Bien, hijo mío, también yo  
 Te debo mucho; esa víctima  
 A la desgracia arrancaste,  
 También te debe mi hija  
 Su libertad. ¡Ah! cuál fuera  
 Tu suerte, Isabel querida,  
 Enlazada para siempre  
 A ese mónstruo de perfidia!  
 ¡Tiemblo al pensarlo! Un modelo  
 De honradez yo lo creía:  
 Baronesa, aquí os condujo  
 La Providencia divina,  
 Para arrancar al infame

El velo que lo cubría.  
 Arab.—Sus crímenes espantosos  
 Sabéis ya: su mano inicua  
 Fué la que del digno Ralfo  
 Cortó la apreciable vida.  
 Ese escudero que traje  
 Conmigo, y que en otros días  
 Fué cómplice involuntario  
 De Walter, la historia impía  
 Me ha referido.

Ped.— Señora,  
 Vuestro escudero suplica  
 Que ante esta ilustre asamblea  
 Hablaros se le permita.

Fitz.— (A Pedro.)  
 Haced que pase al instante. (Se va)  
 Ven á mi pecho, hija mía,  
 Démosle gracias al cielo.  
 Del precipicio en la orilla  
 Te ha salvado: sus bondades  
 Hacia mí, son infinitas.

### ESCENA ULTIMA

Dichos, ALFONSO, PEDRO.

Ped.—Entrad.  
 Arab.— Entrad; el noble Fitz-Eustaquio  
 De hablar en su presencia os da permiso.  
 Decid lo que queréis.  
 Alf.— Noble señora,

Y vosotros también, ¡oh esclarecidos  
 Caballeros! oid. Ya las maldades  
 De Walter conocéis, del que yo he sido  
 Cómplice involuntario, y vos, señora,  
 Perdonáis generosa mi extravío.  
 Pero hay otro secreto, un gran secreto,  
 Que esperaba, señora, descubrirlo  
 Después de ese combate, cuando el cielo  
 Castigara de Walter los delitos.

Arab.—Habla, Alfonso, declara cuanto se  
 (pás.)

Alf.—El cielo que me escucha es buen tes-  
 (tigo)  
 Del gozo que me anima, y que en mi abo-  
 (no)

Está escrita en el libro del destino  
 Una acción buena: sí, señora, Walter,  
 De su ambición frenética impelido,  
 A toda costa quiso de su hermano  
 Las riquezas poseer, y grandes títulos.  
 Vuestro hijo era el legítimo heredero;  
 Deshacerse intentó del tierno niño,  
 Y á mí me encomendó su asesinato,  
 Porque ya entonces me juzgó el inicuo  
 Incapaz de faltarle: de este modo  
 Logré tener en mi poder al hijo  
 De mi buen amo, y engañando al móns-  
 (truo,  
 Que su muerte creyó, del tierno niño  
 Salvé los días.  
 Arab.— ¡Cómo! qué he escuchado!  
 ¿Y vive?

Alf.— Vive.  
 Arab.— Es cierto? Dios benigno!  
 Cuánta ventura!... ven, que yo te abrace.  
 Alfonso: ven... Mas dime, dime el sitio  
 Donde se encuentra: dímelo.

Alf.— Escuchadme.  
 Al infante tomé, cuyos gemidos  
 El corazón más duro conmovieran,  
 Y conociendo el corazón benigno  
 Del noble Fitz-Eustaquio, en el instante  
 Me dirigí en silencio á este castillo:

(A Fitz-Eustaquio.)

No estábais vos en él; pero en la senda  
 Que á él conduce, el depósito querido  
 Dejé, esperando inquieto el resultado,  
 Observándolo todo sin ser visto,  
 Pues la maleza me ocultaba: entonces  
 Os ví llegar, señor, ví que movido  
 De ternura hacia el niño desgraciado,  
 Al pecho lo estrechábais compasivo,  
 Y aquí le condujisteis.

Alb.— ¡Qué oigo, cie!os!

Fitz.— ¡Qué dices? conque Alberto...

Alf.— Sí, ese mismo,  
 Ese valiente, generoso joven  
 Que os ha vengado...

Arab.— ¿Es él?...

Alf.— Es vuestro hijo.

Arab. (Estrechando á Alberto.)

¡Hijo!...

Alb.— (Echándose en sus brazos.)

¡Madre!...

Fitz.— ¡Qué dicha!

Isab.— (Con gozo.)

¿No es un sueño?

¿Es noble? ¡qué ventura! ¡será mío!

(Por un gran rato queda Alberto abrazado  
 á Lady Arabela, llorando de ternura y  
 de júbilo; separa un poco su rostro, la  
 contempla con una mirada ávida y llena  
 de amor. Lo que sigue lo dice con mu-  
 chísimo fuego, y ternura.)

Alb.— ¡Madre!... ¡madre! repetir

Dejadme ese nombre amado,

Y en vuestro pecho abrasado

Vuestro corazón sentir.

Sí, yo lo siento latir

Contra el mío... ¡qué p'acer

¡Dicha inmensa! ¡Eterno Sér,

Ya puedes tomar mi vida!

¡Oh, madre, madre querida!

Al fin te consigo ver.

¡Cuánto, cuánto padecí

Por no conoceros ¡Dios!

Y vos entre tanto, vos,

¡Llorando también por mí!

Ah! ya me tenéis aquí:

Apenas mi dicha creo!

¡Oh madre! os escucho, os veo,

¡En vuestros brazos estoy!

Ya soy feliz, ¡ya lo soy!

¡Cumplió el cielo mi deseo!

¡Madre! á la naturaleza,  
 A mi pecho, al mismo Dios,  
 Yo preguntaba por vos,  
 Devorado de tristeza:  
 ¡Ay! en este instante empieza  
 Mi existencia, mi alegría....

Arab.— (Con transporte vivísimo)  
 ¡Hijo!....

Alb.— ¡Madre!... hermoso día!  
 Mil veces "hijo" llamadme!  
 Venid, todos, abrazadme:  
 Padre.... Isabel... Madre mía!

(Arabela, Fitz-Eustaquio é Isabel lo rodean abrazándolo, y cae el telón.)



PERSONAJES

DOÑA TIMOTEA  
 DOÑA ANTONIA  
 MARIANITA

A NINGUNA DE LAS TRES.

A su amigo José Ramón  
 Pacheco, dedica el autor este  
 ensayo cómico.

DOÑA ANTONIA  
 DOÑA TIMOTEA

La escena pasa en Mexico, 1881, en la  
 casa de Don Timoteo.